

PORTUGAL Y SU LEYENDA

LA amplitud y el ruido de la campaña internacional en torno a la política portuguesa contrastan considerablemente con el orden y la serenidad con que la propia Lisboa vive los momentos fundacionales de un régimen que aún no sabe cómo ha de ser. Tampoco habría que engañarse por la serenidad, como no hay que engañarse por el ruido. La calma y el civismo parecen ya propios de ese pueblo que ha vivido hace un año acontecimientos históricos sin perder el paso. Por eso, sin tener en cuenta algunos mitos de «carácter nacional» o de psicologismo político, conviene repetirse mucho que el hecho portugués no tiene precedentes ni tampoco tendrá parecidos, aunque cada gran suceso político estimule siempre una ola de imitadores: los que quieren importar a su país los mismos hechos y los que se apresuran, en su país, a evitar que se repitan. Están condenados al fracaso. Aunque modifiquen momentáneamente las políticas nacionales o las distraigan acerca de un suceso que no tendrá lugar. Una de las consecuencias de ese doble mimetismo es la desinformación. Con el molde exterior se pierden de vista las realidades propias y simultáneamente, o primordialmente, las ajenas.

LO que preocupa más a la campaña internacional es la posible ocupación del poder por los comunistas, a los que se da por apoyados por el Movimiento de las Fuerzas Armadas o, en caso contrario, la ocupación del mando del movimiento sindical por medio del sindicato único, o de la «unidad», como —impropiamente— se dice ahora. Por su parte, a los comunistas les preocupa que lo que llaman «las fuerzas de la reacción» produzcan un contragolpe anticomunista. Alvaro Cunhal lo denunció en un mitin celebrado en Marinha Grande, aunque en la reunión del Consejo de Ministros del 22 de enero —la misma que adoptó el principio de la unidad sindical— aclarase que «no tenía nada concreto», sino que realizaba una «deducción de carácter político a partir de los ejemplos» generalizados desde el 25 de abril, de ataques al partido comunista. Ciertamente, Alvaro Cunhal no podía denunciar concretamente en un Consejo de Ministros a los grupos que tiene en la mente y que forman parte de ese mismo Consejo: los socialistas moderados —a partir de Mario Soares—, los socialdemócratas. La verdadera crisis política portuguesa está en esta división de las fuerzas de izquierda, que fueron llamadas por los militares el 25 de abril y por la utilización que puedan obtener de ella las «fuerzas de la reacción», o sea, los supervivientes del antiguo régimen en cargos o puestos de dirección del país, que son muchos más de lo que se dice o se sabe.

ESTA oposición de política práctica empaña la discusión de política pura o doctrinal, que sería mucho más útil para el futuro del país. Mario Soares y los socialistas moderados saben muy bien que en la doctrina marxista que abrazan, y de la que se consideran representantes la doctrina del sindicato único es básica. En la «Carta de Amiens», de 1903, básica para el conocimiento del sindicalismo, se decía que debe existir «libertad completa para el sindicato para participar, fuera del movimiento corporativo, a la forma de lucha que corresponda a su formación filosófica o política». Es decir, «fuera» del movimiento sindical, el ciudadano puede tener la pertenencia a cualquier partido político. La defensa marxista del sindicato único (y muy paralelamente la sindicalista pura, de la vía libertaria) consiste esencialmente en que el sindicato obrero se ha de enfrentar, dialogar, negociar o luchar con el sindicato de los patronos con «la patronal», y que éstos están realmente unidos por sus intereses, al margen de sus ideas religiosas o políticas. En Francia, la Confederación General del Patronato Francés es un monolito frente a la pluralidad sindical y la diversidad de los sindicatos obreros. El patronato mantiene la unidad (dentro de las diferencias políticas de cada uno), pero predica la pluralidad para los obreros. Por eso la discusión entre marxistas de este tema parece aberrante, aunque no lo fuera, sino muy clara, cuando los interlocutores tuvieran otra filiación y otra manera de entender la libertad de elección. En política práctica, los socialistas portugueses defienden ahora la pluralidad, aun en contra de sus principios, porque temen que el sindicalismo esté do-

minado por el partido comunista, que se lo ha trabajado no solamente en este año de libertad, sino en los cincuenta años de dictadura y de clandestinidad. Por la misma razón práctica y no pura, los comunistas portugueses discuten las elecciones. Las elecciones fueron un compromiso del Movimiento de las Fuerzas Armadas, que el 25 de abril de 1974 prometieron celebrarlas antes de un año. Estaban anunciadas para marzo; se han aplazado a abril y el partido comunista desea aplazarlas más porque piensa que las puede perder frente a una coalición socialista y centrista. Este es el oscurecimiento de toda la cuestión.

OTRA tendencia a la confusión es la de la identificación del Movimiento de las Fuerzas Armadas con el partido comunista. No es real. Existen coincidencias, como la de la unidad sindical, en el que la tesis comunista ha sido en principio la mantenida por el «Consejo de los Veinte» —la dirección del MFA— y transportada por él al Consejo de Ministros, pero con una puerta abierta a discusiones, deliberaciones y modificaciones a lo largo de posteriores reuniones. A la expectativa de esas reuniones están los socialistas de Mario Soares —algunos grupos se han desprendido del núcleo central y se han sumado a las tesis marxistas del partido comunista, explícitas en el discurso doctrinal de Cunhal en Marinha Grande— que podrían separarse del gobierno si el pluralismo no encuentra alguna escapatoria. Todo depende de lo que encuentren más práctico para las elecciones: separarse ahora del gobierno, beneficiándose de mayor número de votos en abril —los de la derecha— o mantenerse en él hasta la fecha electoral, pudiendo presionar desde el poder sobre las urnas. Sobre todo, en la gran campaña de propaganda que puede realizar Mario Soares desde su brillante y activo Ministerio de Asuntos Exteriores, que contrasta con la opacidad de Alvaro Cunhal como ministro sin cartera.

EL anticomunismo forma parte de la campaña electoral de los socialistas y los socialdemócratas. Describen los beneficios de un «socialismo en libertad», dirigido por ellos, y el reforzamiento de la imagen exterior —en el mundo occidental— de Portugal. La Embajada de los Estados Unidos ha contribuido a esta campaña con el anuncio público de un plan de cooperación que sufragarían en varios terrenos: la agricultura, el transporte, la medicina social. No citan a los comunistas, pero se sobreentiende —o lo da a entender Mario Soares— que el apoyo sería a un gobierno sin comunistas. Mario Soares presenta no solamente esa gran adhesión occidental, sino alguna comunista. Presume de que algunos dirigentes de partidos comunistas extranjeros están más próximos a él que al partido portugués, que la URSS ofrece ayuda a Portugal por su gestión directa y hasta de que ha conseguido una oferta de Cuba —de la nueva riqueza cubana conseguida por la multiplicación del precio del azúcar— para contribuir al progreso industrial del país.

LAS elecciones previstas son dos: en abril, para una Asamblea Constituyente, y en octubre, para cubrir la primera Asamblea con arreglo a la constitución, y quizá para designar presidente de la República (que, según los datos actuales, sin contar con lo que suceda de aquí a entonces) sería el mismo Costa Gomes (aunque Spínola prepara su propia campaña y no desconfía de que el centro, la derecha y quizá alguna parte de la izquierda moderada le apoyen). Las posibilidades que tiene el partido comunista de alcanzar el poder son prácticamente nulas. No hay que pensar tampoco que lo conquistara mediante un golpe dado de acuerdo con las Fuerzas Armadas: los rumores en los dos sentidos, la sensación de tensiones inminentes, de golpes y contragolpes —el viernes corrió por Madrid el rumor absolutamente infundado de un golpe contrarrevolucionario— son, por ahora, elementos sin fundamento alguno, aunque no puedan excluirse para el futuro de la misma forma en que no se pueden excluir para ningún país. Forman parte de una campaña política, de una formación del «partido del miedo» dentro de Portugal—, para acentuar las soluciones centristas y moderadas, y para ejercer su efecto en otros países como una parte más de la política nacional de cada uno de ellos.